



'El Desafío del SLEP Aconcagua: Humanizar la Escuela Pública desde el Amor y Dignidad'.

Miguel Ángel Rojas Pizarro. Psicólogo Educacional
 – Profesor de Historia – Psicopedagogo. @Soy_profe_feliz

Frágil como un volan-
 tín, en los techos de Ba-
 rrancas...» cantaba Víctor
 Jara, regalándonos la ima-
 gen de un niño que juega
 con lo poco que tiene, pero
 que guarda dentro de sí un
 mundo entero. Ese niño,
Luchín, no se quedó en los
 versos. Sigue con nosotros.
 Lo vemos cada día en
 nuestras escuelas del Va-
 lle del Aconcagua. No lleva
 parca, no habla fuerte, no
 exige nada. Pero ahí está:
 silencioso, invisible a ve-
 ces, esperando ser visto.

En Panquehue, en
 San Felipe, en los sectores
 rurales de Catemu y en las
 salas de Los Andes, los
 Luchines caminan con frío,
 con hambre, con mochilas
 livianas en cuadernos y lá-
 pices, pero pesadas en di-
 ficultades, materiales y ca-
 rencias. A veces se sien-
 tan al fondo, otras no tie-
 nen cómo llegar a clase. Y,
 sin embargo, están. Per-
 sisten. Como volantines
 amarrados a la esperanza.

Pero esta columna no
 es solo por ellos. También
 es por quienes los acom-
 pañan. Por los profesores
 que llegan temprano, por
 las tías del aseo que pre-
 paran el colegio antes que
 amanezca, por los asisten-
 tes de la educación que
 sostienen la escuela sin
 aplausos. Quién cuida a
 quienes cuidan?

En nuestras escuelas
 y liceos hablamos de inno-
 vación, de educación para
 el siglo XXI, de aprendiza-
 jes significativos. Pero
 cómo hablamos de eso si
 el baño está sucio, si la
 sala de profesores es una
 bodega, si el docente no
 tiene dónde calentar su al-
 muerzo o dónde dejar sus
 cosas con tranquilidad?

No se trata de lujos. Se
 trata de dignidad. De ese mí-
 nimo que toda persona me-
 rece, más aún quien dedica
 su vida a educar a otros. Un
 baño limpio, una sala cómo-
 da, una cocina donde calen-
 tar una sopa en invierno, una
 oficina que no sea prestada
 ni improvisada. Porque cuan-
 do cuidamos a quienes ense-
 ñan, también estamos cui-
 dando a quienes aprenden.

A veces pensamos que
 los grandes cambios vienen
 desde arriba, desde una nue-
 va ley o una gran inversión.
 Pero, a veces, los cambios
 comienzan con algo tan sím-
 ple como escuchar y rom-
 piendo paradigmas con ideas
 innovadoras que requieren
 más voluntad que recursos.
 Y si tuviéramos un médico
 familiar en cada escuela o li-
 ceo? Un profesional de la
 salud mental que acompañe,
 que escuche, que prevenga?

Un rostro amable que cui-
 de no solo a los estudiantes,
 sino también a sus profes-
 ores y asistentes? La salud
 mental no es un lujo.

Y entonces viene la pre-
 gunta incómoda: Cuántos
 de quienes hablan tanto de la
 educación pública confían en
 ella para sus propios hijos?

Cuántos directivos del
 ámbito de la educación, pa-
 rlamentarios de nuestro distri-
 to, supervisores, tienen a sus
 hijas e hijos en una escuela
 pública? La respuesta duele.
 Porque cuando se educa, se
 legisla y se supervisa y ges-
 tionan desde el privilegio, es
 fácil hablar de calidad, de
 proyectos, de metas.

Lo difícil es amar la edu-
 cación pública desde adentro,
 con sus carencias y sus mila-
 gros cotidianos. La clave está
 en eso: en amar lo que se
 hace. Pero el amor también
 necesita condiciones. Nadie

puede sostener a otro si no
 tiene dónde descansar. Nadie
 puede educar con alegría si
 enseña con frío. Nadie pue-
 de cuidar si nadie lo cuida.

La Nueva Educación Pú-
 blica que soñamos para el
 Valle del Aconcagua no se
 mide solo en resultados ni en
 planes estratégicos. Se mide
 en si el niño Luchín siente
 que importa y se proyecta. Se
 mide en si el profesor puede
 respirar tranquilo. Se mide en
 cuántos de nosotros nos
 atrevemos a mirar de frente
 la realidad, y hacer algo con
 ella. Y si esta educación pú-
 blica no es capaz de dignifi-
 car a sus estudiantes, profes-
 ores y trabajadores, enton-
 ces debemos preguntarnos,
 con toda honestidad: Para
 qué sirve?

Pero aún estamos a
 tiempo. El SLEP Aconcagua
 tiene hoy una gran oportuni-
 dad histórica: Dejar de repro-
 ducir viejas prácticas y atre-
 verse a construir una escue-
 la distinta, humana, cálida,
 profundamente transforma-
 dora. No basta con discursos
 o diagnósticos. Se necesitan
 gestos concretos: baños lim-
 pios, salas dignas, salud
 mental para los equipos, re-
 cursos reales para quienes
 están en primera línea.

El cambio será real
 cuando no tengamos que
 convencer a nadie de la ca-
 lidad de la educación públi-
 ca, porque será tan buena,
 tan humana, tan potente,
 que las propias autoridades,
 directivos de educación, su-
 pervisores y parlamentarios
 pelearán por un cupo en el
 Sistema de Admisión Esco-
 lar (SAE) para matricular allí
 a sus hijos. Ese día, lo sa-
 bremos: La educación públi-
 ca habrá dejado de ser una
 promesa y se habrá conver-
 tido, por fin, en orgullo.